

La oposición juzgada por el poder, como fuente de la Historia

Por *MANUEL TUÑÓN DE LARA*

El problema de las fuentes de la Historia, por de suyo complicado, exige un enjuiciamiento más riguroso cuando el historiador trabaja con un determinado género de textos oficiales, aquellos en que el poder público adquiriendo insoslayable calidad de beligerante se encuentra en el trance de juzgar a la oposición, lo que casi siempre le lleva a calificarla.

Algunos ejemplos nos servirán para precisar la cuestión.

1835. El gobierno presidido por el conde de Toreno se halla en una situación delicadísima. Las Juntas provinciales se organizan por doquier constituyendo, en puridad, un segundo poder; sus hombres, parapetados en Sierra Morena, no han dejado avanzar a las fuerzas gubernamentales que debían marchar sobre Andújar —sede de la Junta Central— y que optan por dar media vuelta. La Milicia urbana de Madrid, es dueña de hecho, el 16 de agosto, de la capital. Juntas y Milicias piden la reunión de Cortes, la libertad de prensa, nueva ley electoral, reorganización de la Milicia nacional, llamamiento de 200.000 hombres para redoblar la acción bélica contra el carlismo en el Norte. El 30 de agosto, cuando Toreno ve cerradas todas las salidas para su Gobierno, recurre a lo que no es sino descabellada tentativa: reiterando las vanas gestiones de su predecesor, Martínez de la Rosa, pide al Gobierno francés la intervención en España. Para conseguir su propósito, cree que será más eficaz ensombrecer las tintas trazando un grave peligro de disolución social. He aquí algunos párrafos del Memorandum dirigido por Toreno a De Broglie el 30 de agosto:

“Las pasiones populares se han desencadenado a vista de la audacia de la facción carlista, cuyo fanatismo y sistema de destrucción aterrorizan los ánimos. El partido anarquista se aprovecha de tales circunstancias, y por medio de artificiosas seducciones descarria las ideas del pueblo y fomenta la insubordinación, persuadiendo a todos los inexpertos que la marcha del Gobierno es la causa de todos los males que están padeciendo.”

.....

“Está firmemente resuelto (el Gobierno) a contener la revolución y sostener las antiguas leyes de la monarquía, modificadas y adaptadas a las

necesidades del tiempo en que vivimos, sin cejar jamás un punto ante la invasión de los principios democráticos, espontáneamente adoptados por todos los anarquistas de Europa.”

.....
 “En prueba de lo que acabo de decir, citaré los recientes acaecimientos de Málaga y Granada. Un puñado de sediciosos, aprovechándose de la ausencia del ejército, ha proclamado la malhadada constitución de 1812, sin que los habitantes sensatos hayan tomado la menor parte en esta loca empresa.” (¡Y esto lo decía Toreno!).

Negóse, una vez más, el Gobierno francés, a una intervención. Pero ese es asunto que desborda nuestro tema.

El caso es que Toreno indenticaba, de buena fe, su Gobierno, con la salvación de la monarquía y del orden social. Una vez puesto en marcha este mecanismo intelectual, no paraba hasta poner una etiqueta lo más subversiva posible. ajena desde luego a la ciencia política, a los extensos y heterogéneos sectores de la oposición, bautizados de anarquistas por las necesidades de la causa.

* * *

Ha transcurrido el tiempo de ver crecer dos generaciones y España ha hecho una revolución, o más bien, un conato de ella. Estamos en octubre de 1871 y don Práxedes Mateo Sagasta es presidente del Gobierno constitucional de Amadeo I. Todavía hay brasas ardientes de las llamaradas de “la Commune” de París, y los “versalleses” de todos los países se espeluznan a la sola evocación del peligro corrido. El Gobierno español declara que la Asociación Internacional de Trabajadores es “la utopía filosofal del crimen”, atenta a la seguridad del Estado y se dispone a disolverla. Las consecuencias del debate parlamentario no van más allá de una severa circular dirigida a los gobernadores civiles, repetición en parte de otra fechada en mayo de 1871. Sin embargo, en febrero de 1872, se repite la historia del entendimiento con el extranjero. Don Bonifacio de Blas, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Sagasta, se dirige a los gobiernos de Francia, Inglaterra, Italia y Prusia con objeto de organizar la acción represiva común contra la Internacional, coordinando la acción policíaca, la represión de la propaganda oral y escrita y sirviéndose de la extradición. Lo que nos interesa no es sin embargo, el propósito de Sagasta, de Blas, Candau y otros ministros de Amadeo, de eliminar al adversario que consideraban subversivo, sino el perfil político que trazan de éste:

“El orden social —dice la nota a los gobiernos extranjeros— está amenazado en sus fundamentos mismos por “la Internacional”, que rompe meta-mente con todas las tradiciones de la humanidad, borrando de los espíritus el nombre de Dios, de la vida, de la familia y de la herencia, y las Naciones del mundo civilizado, aspirando solamente al bienestar de los obreros a base de la solidaridad universal.”

Quince años después, los cubanos han lanzado el “grito de Baire” y Cánovas, jefe del Gobierno español, tiene que hacer frente a una de las situaciones más difíciles de su vida de estadista. El 16 de noviembre de 1896, Cánovas del Castillo concedía una entrevista al periódico francés “Le Journal” a la que pertenecen los siguientes conceptos:

“Hay en la Perla de las Antillas dos elementos que forman el partido rebelde: el elemento blanco, muy poco numeroso, compuesto de desclasados, médicos, profesores, todos frutos secos o descontentos, ambiciosos insaciables que sueñan para Cuba la suerte de las Repúblicas de Centroamérica donde las revoluciones suceden a las revoluciones y los políticos se entregan a disputarse el botín de los cargos públicos. Ellos han sido los causantes de los primeros disturbios, los instigadores de la revolución; pero hoy están casi completamente eliminados por el segundo elemento insurreccional, el más temible, el elemento negro.”

Los negros de Cuba son libres; pueden adquirir derechos y obligaciones contractuales, trabajar o no trabajar... y yo creo que la esclavitud era preferible para ellos a esta libertad que sólo han aprovechado para no hacer nada y formar masas de desocupados. Todos los que conocen a los negros les dirán que en Madagascar, en el Congo, como en Cuba, los negros son perezosos, salvajes, inclinados a obrar mal, que hay que llevarlos con autoridad y firmeza para obtener de ellos cualquier cosa. Estos salvajes no tienen más dueños que sus instintos, sus apetitos primitivos.”

El simple pudor intelectual nos veta cualquier género de comentario. Digamos solamente, en descargo de don Antonio, que políticos de otros países han tenido propósitos parecidos en pleno siglo XX. Y eso es mucho más grave.

Y llega nuestro siglo. En el verano de 1917, don Eduardo Dato tiene que hacer frente a la huelga ferroviaria, transformada en huelga general revolucionaria bajo la dirección de un comité socialista, con un programa consistente en “la constitución de un Gobierno provisional que asuma los poderes ejecutivo y moderador, y prepare, previas las modificaciones imprescindibles en una legislación viciada, la celebración de elecciones sinceras de unas Cortes Constituyentes que aborden, en plena libertad, los problemas fundamentales de la Constitución política del país.”¹

No obstante, el 15 de agosto, declaraba Dato a los periodistas: “no se trata de un simple movimiento contra el régimen, sino de un movimiento anarquista”. Lo que no le impedía comentar poco después, refiriéndose a don Francisco Cambó: “Ya se irán convenciendo de que ése es el principal promotor”.

Un hombre que en aquel momento demostró fino tacto como ministro de Justicia, el señor Burgos Mazo, dice en una entrevista que publica *El Debate* del 21 de marzo de 1919: “Ahora hay que afrontar los acontecimientos y resistir a la revolución que por ahí fuera se desencadena... El socialismo, que es una utopía, no es otra cosa que un puente de desorden para pasar a la anarquía.”

Podríamos multiplicar las citas hasta el infinito, pero ello carece de interés. Se trata, en todos los casos, de hombres cultivados y responsables, a cuyas palabras concede el historiador un prejuicio favorable. Sin duda alguna, son actos muy “politizados” en los que el hombre de Estado, lanzado a cuerpo perdido en la refriega política, muestra la otra vertiente de su personalidad, la de hombre de partido, grupo o clase. Por lo general, se separan

¹ Del manifiesto del Comité de huelgas.

artificialmente esos dos aspectos del hombre público. pero cuando, llegado al poder, se identifica, con razón o sin ella, con la existencia de los basamentos sociales del mismo, la mixtificación se disipa.

Comienza entonces otra mixtificación, que es la que nos ocupa. Desde la cumbre del Estado se define al adversario político; y para mejor combatirlo, o por simple error de perspectiva, se deforma su naturaleza política. En suma, la operación suele ser la siguiente: el Poder se cubre con las banderas de la defensa del orden establecido y presta a la oposición los calificativos con mayores posibilidades de asustar a la opinión. Por eso, "siempre se es el anarquista de alguien".

Una vez que el equívoco ha sido puesto en marcha, se cae con relativa facilidad en la trampa. Sólo así se explica, por ejemplo (y pido perdón por hacer una referencia personal) que el profesor Juan Beneyto me reproche, a propósito de uno de mis libros, no estimar como pueblo "sino el de aquellas capas de la población que son fácilmente arrastradas por los anarquistas; un pueblo que no despierta sino quemando mieses o arrastrando alcaldes"² No son anarquistas los hombres de la Sociedad de Tejedores en 1840, ni los de la Unión de Clases en 1854. Tampoco se deja arrastrar por el anarquismo excepto una minoría, el pueblo que se suma a la revolución de 1868. Y no digamos nada de los obreros que, desde fines del siglo pasado, libran las más importantes contiendas sindicales en Vizcaya. Es más, cuando la situación es muy otra, en 1873, cuidó muy bien de precisar: "los trabajadores, cuya mayoría *activa* estaba influida por el "apoliticismo" de Bakunin, no eran, por esa razón, fuerza capaz de consolidar la República ni de reforzar sus propias posiciones dentro de ésta". La segunda mixtificación es la de pensar que la parte del pueblo que, en efecto, sufrió la influencia anarquista no hizo más que entregarse al deporte de incendiar los trigales o despanzurrar "burgueses". Al aceptar estos lugares comunes se entra involuntariamente en el juego creado secularmente por el Poder, que siempre tuvo mayores medios que la oposición para penetrar en las conciencias. Se sustituye así, para emplear la terminología orteguiana, la *idea* por la *creencia*. Y eso es grave en a investigación histórica.

Naturalmente, si el historiador que trabaja, por ejemplo, sobre la Barcelona de mediados del siglo XIX, acepta como moneda contante los bandos y proclamas del capitán general Zapatero y los artículos de Figuerola, sin contrastarlos con los textos del bando opuesto, se creará a pie juntillas aquello de que "la generalidad de los obreros están contentos con los precios que les proporciona su honrada ocupación" y que, al declararse en huelga habían sido engañados por "pérfidos instigadores que detestan la causa liberal", saltando alegremente la corta distancia existente para tratar a los huelguistas barceloneses de agentes provocadores al servicio del carlismo³.

Sabemos muy bien la inevitable parte demagógica que hay en los textos y documentos de las oposiciones, más acentuada en nuestro siglo XIX por la carga del Romanticismo que pesaba en las conciencias (que también se

² V. "Revista de Estudios Políticos", número 126.

³ La Historia al uso ignora cómo se eliminó físicamente a José Barceló, director

de la Sociedad de Hiladores de Algodón de Barcelona, acusándole en falso de un crimen de derecho común.

expresa a través de un "racionalismo" simplista), pero habitualmente esas fuentes históricas se manejan (cuando se manejan) con las reservas del caso. Y siempre se producen en juicio contradictorio con las fuentes que proceden del Poder y de sus aliados. Pero no se da el caso contrario; desde la calumniosa campaña de Cicerón contra Catilina, la mayoría de los historiadores no se han sustraído a la tendencia de aceptar candorosamente las tesis del Poder. Y sin embargo, éste se ha entregado sistemáticamente a presentar una imagen deformada de sus adversarios, con fines actuales y eminentemente empíricos, y escasa preocupación por la Historia. Desde el Poder como desde la oposición, se hace literatura pamfletaria; esta realidad debe informar el trabajo del historiador al compulsar las fuentes.

Este asunto nos lleva como de la mano al sempiterno debate sobre si se puede escribir seriamente la Historia contemporánea, sobre si ésta es más o menos científica que la Historia de otros tiempos.

No hace mucho, decía el profesor Ernest Labrousse que el historiador no tiene opción: "la historia de su tiempo se escribe y, además, lo más frecuente es que se escriba contra la Historia. Tanto más se hará así cuanto que los historiadores se abstengan de contribuir a esta empresa."

Según Labrousse, las dificultades son diferentes según el género de historia de que se trate. Los documentos de naturaleza secreta, la actividad diplomática, la historia de las conspiraciones, etc., requieren cierto tiempo para perder su carácter de misterio "explosivo" y ser accesibles al historiador. En cambio, la Historia de los grandes hechos colectivos, tiene sus fuentes a la luz del día: censos, estudios de estructura, estadísticas económicas, contabilidad nacional, prensa, diarios de sesiones, documentos de opinión, etc.⁴

Podría añadirse, con referencia al primer grupo, que el misterio se densifica, con el paso de los años, en buen número de casos. Algunas experiencias personales me han hecho reflexionar sobre esto. Por ejemplo, cuando se trata del movimiento insurreccional que hubo en España en diciembre de 1930. He podido manejar profusión de memorias, de debates de asambleas políticas y sindicales, con los testimonios de protagonistas de las dos partes en acción; es más, he tenido ocasión de interrogar a numerosos protagonistas de los hechos. Pues, bien; las versiones son tan contradictorias, que quedan, por lo menos, dos puntos esenciales sin esclarecer. Y si se quiere otro ejemplo, ahí está el de la reunión de ministros, con participación del general Sanjurjo, en la tarde del 12 de abril de 1931; sobre un hecho de importancia el marqués de Hoyos, el duque de Maura y el conde de Romanones dan versiones divergentes. Y no hablemos ya de la barahunda en datos de fechas, horarios, etc., capaz de desorientar a cualquiera, que ofrecen las memorias y las declaraciones personales de protagonistas o testigos cuando se trata de acontecimientos sucedidos hace treinta o cuarenta años. Si el acto en cuestión ha sido público, hay la posibilidad de consultar la prensa del momento; si no es así, no queda más remedio que deducir la conclusión más verosímil.

Ahora bien; si esto ocurre, cuando se tienen montañas de testimonios

⁴ La prensa, en los regímenes totalitarios y en los casos de guerra o emergencia, sólo alcanza su valor de fuente, al compulsarla

con la de otros países sobre el mismo tema o con los escritos de la oposición, casi siempre clandestinos.

y cuando todavía viven muchos protagonistas, ¿qué ocurrirá cuando se estudie el mismo acontecimiento con dos siglos de retrospectiva? Ocurrirá, en el mejor de los casos, que el documento que creemos probatorio será de fuente oficial y que la tendencia del Poder a deformar la naturaleza de la oposición entrará en juego.

Claro, no se puede cometer la ligereza de creer que se puede historiar con todas garantías lo acaecido hace cinco o diez años. En tan corto espacio de tiempo, la libertad moral para producir testimonios es muy limitada y sólo pueden manejarse los documentos públicos. En esos casos, cabe intentar una "aproximación a la Historia", que será de gran valor para el trabajo de historiadores venideros; pero si se trata de aquella parcela que Labrousse llama "Historia sociológica" o de grandes fenómenos colectivos, no cabe duda de que el trabajo es perfectamente realizable.

Se ha hecho siempre otra objeción de peso a la Historia contemporánea; el historiador no puede sustraerse al hecho de estar inmerso en la realidad que trata de describir; él mismo se confunde con el objeto de su trabajo. El argumento es de talla, porque no cabe pensar que el historiador sea un ente celestial; muy al contrario, pertenece a un país, a una clase, ha recibido una educación, ha sufrido el impacto de las ideologías dominantes, frecuente este o aquel medio, en un palabra, está inmerso en su *circunstancia*. Sin embargo, este fenómeno no contradice otro, no menos cierto. La circunstancia del historiador incide también sobre su trabajo cuando éste goza de una visión retrospectiva de cien o más años. ¿No estamos todavía a linternazos sobre la "leyenda negra" y la "leyenda rosa"? A estas alturas, seguimos sin ponernos de acuerdo sobre el trienio liberal de 1820-1823. No vamos a lamentarnos de lo que es un hecho incontrovertible: la textura ideológica del historiador conforma, a despecho de su más pulcra honestidad, no sólo el enjuiciamiento de los hechos históricos, sino el método de trabajo, el primado de estas o aquellas fuentes y el entramado causal de la exposición por el cual la Crónica pierde su nombre para ganar el de Historia.

Para contrarrestar en lo posible este fenómeno y darle a la Historia su jerarquía de ciencia, no estará de más sacudirse un poco el fetichismo del Poder. Todavía hoy se puede tratar de "agitador" a un hombre como Fernando Garrido, que fué un precursor a mediados del siglo XIX, de la historia socio-económica, y aceptar sin discusión el informe de un gobernador cualquiera tratando de perturbadores a quienes tenían la insólita pretensión de pedir el descanso dominical o la jornada de *nueve* horas de trabajo. El uno y el otro estaban políticamente alineados, pero... ¿qué diferencia! A no ser que resulte también "a posteriori" anarquista Fernando Garrido, que no quiso pactar con Anselmo Lorenzo y que colaboró después en *Le Rappel* de Víctor Hugo.

Y es que la Historia, convenzámonos de una vez, relata la penosa empresa de los hombres por hacerse dueños de sus destinos; empresa poco grata para las oligarquías nunca propicias a que se afinen los conceptos de la realidad social.